

EMILIO FONTELA, IN MEMORIAM

Si en el anterior volumen de la Revista de Economía Mundial, Carlos Berzosa tuvo que escribir unas páginas en recuerdo de Rafael Martínez Cortiña, en este nuevo número, y sólo seis meses después, tenemos que recordar a otro gran maestro y amigo, fundador también de la SEM y miembro de su junta directiva: se nos ha ido Emilio Fontela.

Personalmente, no me resulta nada fácil escribir estas líneas, quizás porque no hace mucho tiempo, con motivo de una necrológica que el propio Emilio escribió en honor de un amigo suyo, me dijo, medio en serio y medio en broma: "Joaquín, tú tendrás que escribir la mía". Lógicamente, en aquel momento me lo tomé a broma, pero ahora, cuando me dispongo a concentrarme en su figura ya desaparecida, tengo que confesar que me siento superado por el aluvión de sensaciones que se me viene encima, abrumado por lo que Emilio significó no sólo para mí, sino para muchos amigos, compañeros y discípulos que lo respetábamos, lo admirábamos y, sobre todo, lo queríamos.

En las numerosas ocasiones que tuve el honor de presentarlo en conferencias y actos académicos, solía recurrir a una fórmula que me resultaba cómoda para resumir el enorme prestigio y la dilatadísima trayectoria profesional de Emilio Fontela: "Señoras y señores, estamos ante el que probablemente sea el economista español con mayor relevancia internacional".

Por circunstancias de la vida, había nacido en un pueblecito francés en 1938, pero era de nacionalidad española y le encantaba pregonar y hacer constar en todo sitio su origen sevillano. En 1962 se doctoró en Economía por la Universidad de Ginebra con una Tesis sobre el comercio exterior de España. En esa universidad consiguió su cátedra y fue director del Departamento de Econometría y desde el año 2000, profesor emérito. En Ginebra desarrolló una extensísima actividad profesoral y algunos de sus antiguos alumnos ocuparon altos cargos y dirigieron ministerios en el Gobierno suizo. Pero además de Ginebra, Emilio Fontela formó parte del claustro de otras universidades de tres continentes, como por ejemplo del Case Institute of Technology de Cleveland, del Institute of Business Administration and Management de Tokio, de la Universidad Autónoma de Madrid, de la Universidad de Sevilla y desde 2003 fue Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Económicas y Empresariales de la Universidad Antonio de Nebrija de Madrid.

Como investigador, su currículum es sencillamente impresionante, siendo imposible recoger aquí toda la esencia de su obra. Quizás, ello quede para una biografía sobre su vida y su obra que alguien, algún día, debería realizar. Mientras tanto, baste aquí algunas pinceladas que sólo tratan de calibrar grosso modo el enorme legado que Emilio ha dejado para futuras generaciones de economistas.

El grueso de su actividad investigadora durante muchos años se centró en los campos de la modelización econométrica, el análisis input-output y especialmente en los estudios de prospectiva. La importancia que le prestó a

esta última materia contrastaba con la típica y tópica imagen del economista que es mucho más proclive a explicar el pasado que a explorar el futuro.

En estos temas desarrolló una ingente labor teórica y aplicada, colaboró estrechamente con personajes de la talla de los Premios Nobel Wassily Leontief y Richard Stone y realizó importantes contribuciones metodológicas que han servido para el avance y perfeccionamiento de la investigación cuantitativa en la Economía. En los últimos lustros sus preocupaciones investigadoras se ampliaron y, sin dejar de lado sus líneas tradicionales, en su mente adquirieron un creciente protagonismo otras cuestiones más “filosóficas” como, por ejemplo, la problemática de la globalización financiera, los límites de nuestro sistema económico, las posibilidades de la nanotecnología, la biotecnología y las ciencias cognitivas, todo ello desde una perspectiva del análisis ético-económico que me cupo el honor y la satisfacción de desarrollar con él en algunos libros y encuentros científicos que juntos organizamos en la UIMP, en la Universidad de Nebrija o en los cursos de verano de la Universidad de Extremadura.

Para hacerse una idea de su labor investigadora, baste señalar que la lista completa de sus publicaciones comprende nada menos que 16 libros individuales, 74 capítulos de libros colectivos, 69 artículos en revistas internacionales y otros 44 en revistas españolas, además de casi 600 conferencias y ponencias pronunciadas en cuatro de los cinco continentes del planeta.

Pero Emilio Fontela era un economista pragmático, apegado a la realidad, alejado de los humos teóricos vacuos y con voluntad de buscar soluciones a problemas reales de la sociedad. Tal vez por ello, destacó y brilló no sólo como docente e investigador, sino también como consultor y asesor de instituciones y organismos nacionales e internacionales. Su actividad en este campo la inició en 1966, dirigiendo el Departamento de Economía Aplicada del prestigioso Instituto Batelle de Ginebra, un centro de investigación pluridisciplinar que reunía a 120 investigadores de 25 nacionalidades. Desde entonces, su prestigio creció de tal manera que fue reclamado para asesorar a organismos internacionales como el BIRD en Chile y Uruguay, OPEP, UNIDO, OCDE, y varias Direcciones Generales de la Comisión Europea, entre otros muchos. Fue jefe de misión de la ONU para el Magreb y también realizó trabajos de prospectivas para gobiernos de distintos países, como Chipre, Malta, Japón y también para el Gobierno español en la época del presidente Suárez, dirigiendo un proyecto de prospectiva para España en la década de los ochenta. Más recientemente, en los últimos 15 años, cabe destacar que fue fundador y miembro del Consejo Asesor de COTEC, director internacional de CEPREDE, miembro del Consejo de Dirección del Instituto L. Klein de la Universidad Autónoma de Madrid y vocal del Consejo de Cooperación al Desarrollo del Ministerio de Asuntos Exteriores español.

También realizó estudios económicos para diversas comunidades autónomas españolas (Andalucía, Madrid, Cataluña, País Vasco) y en los dos últimos años realizó trabajos para el Gobierno de Marruecos y acordó con el

presidente de Angola un ambicioso proyecto de desarrollo económico que lamentablemente quedó aparcado al declararse el fatal diagnóstico en el mes de marzo de 2007.

Consecuencia también de su enorme prestigio, desempeñó importantes cargos en asociaciones profesionales y revistas científicas a lo largo de los últimos treinta años. Cabe destacar que fue miembro del Capítulo Español del Club de Roma, de la Asociación Internacional de Futuribles (París), presidente de AESPLAN, miembro del Grupo de Lisboa, presidente de la Association d'Econometrie Appliquée (París), además de su consabida y activa participación en la fundación de la SEM en la Universidad de Huelva. En el ámbito de las revistas científicas, participó, entre otras, en los consejos editoriales de Foresight (Londres), Futuribles (París), Prévísión et Analyse Economique (París), Economic Systems Research (Londres), Revista de Estudios Regionales (Málaga), Revista d'Estudios Autonomics (Valencia), Estudios de Economía Aplicada (Madrid) y naturalmente en esta Revista de Economía Mundial (Huelva).

Era persona sencilla, humilde, y hasta cierto punto, tímida. Jamás le escuché vanagloriarse de sus enormes méritos; es más, cuando relataba alguna historia o anécdota que guardaba alguna relación con sus cargos o sus labores de alto nivel, pasaba como de puntillas con una levísima referencia rápida y cargada de timidez que apenas se podía captar. Una cualidad que sólo poseen los grandes hombres que no necesitan de autoalabanzas y elogios fáciles.

Decía Juan Ramón Jiménez que los hombres inteligentes son superiores, pero mucho más superiores son los hombres inteligentes de profundos sentimientos. Después de la breve semblanza como economista que he bosquejado, es evidente que al profesor Emilio Fontela no le faltaba inteligencia por ningún lado, pero al mismo tiempo rebosaba de sentimientos y sensibilidad en todas las vertientes de su personalidad.

Entre las cosas ante las que mostraba especial sensibilidad estaba su tierra, su ciudad. Nunca faltaba a la primavera sevillana por Semana Santa y Feria, y le preocupaba sobremanera la modernización de la economía andaluza y la imagen de su tierra en el exterior. Recuerdo que cuando preparábamos a principios de los años noventa, en la Universidad de Sevilla la décima Conferencia Internacional de Input-Output, con la asistencia de Leontief y otras grandes figuras de todo el mundo, recibimos con varios meses de antelación la visita del profesor alemán R. Staglin, a la sazón presidente de la Asociación Internacional de Técnicas Input-Output, al objeto de inspeccionar las tareas organizativas y las instalaciones del congreso.

Le mostramos a Staglin el inmenso salón de actos de nuestra facultad, que sólo se utiliza esporádicamente para algún evento masivo y que lógicamente no estaba aún a punto, en cuanto a limpieza, adornos, etc. Al salir del recinto, iba yo hablando con alguien y detrás venía Emilio con Staglin. De repente escuché a Emilio gritando y muy enojado (era la primera y creo que única vez que lo vi así). Al parecer, Staglin hizo un comentario despectivo no sólo del estado del recinto sino también sobre el carácter de los españoles. En aquellos años, los españoles y en especial los andaluces, aún cargábamos con

el sambenito de la falta de eficiencia y otros signos de “subdesarrollo” ante los colegas europeos, y Emilio Fontela era especialmente sensible a ello. La durísima reprimenda que dirigió al pobre de Staglin seguramente significó, al margen del éxito del congreso, un importante granito de arena para limpiar la injusta imagen que por aquel entonces padecíamos la gente del sur.

Muchos años después, en 2006, me cogió en Madrid el día en que un equipo de fútbol andaluz, por primera vez en la historia, iba a disputar una final europea. Emilio no era, ni mucho menos, un forofo del fútbol, pero le encantaba bromear conmigo al hilo de la conocida y tradicional rivalidad Sevilla-Betis. Él era de tendencia bética y yo sevillista, y en innumerables ocasiones, las conversaciones de trabajo por teléfono la iniciábamos riéndonos con las ocurrencias futboleras. El día de la final de la UEFA, Emilio me recogió en la Complutense y me llevó a presenciar el partido en una peña sevillista madrileña, y allí, sumergidos en un bullicioso y ruidoso ambiente, entre banderas y bufandas rojiblancas, vimos los goles y la victoria del Sevilla FC y, lo más sorprendente, vi a un alborozado Emilio Fontela, emocionado, abrazado a mí y con los ojos brillosos. No se lo pregunté, pero estoy seguro de que, con su acentuada perspectiva internacional, le hacía feliz contemplar que también en el terreno deportivo, su tierra, su ciudad, empezaba por fin a despertar y a adquirir prestigio en el concierto europeo.

Sin caer ni mucho menos en el halago fácil, hay que resaltar que Emilio tenía un amplísimo sentido de la generosidad. Me consta el gran número de personas y proyectos que ayudó y apoyó dentro y fuera de España. En la Universidad de Sevilla tuvimos la fortuna de tenerlo entre nosotros como profesor visitante durante tres años, pero durante los veinte últimos fueron innumerables las veces que recurrimos a él para presidir tribunales de tesis, de tesinas, impartir conferencias y seminarios, disfrutar de su consejo o su participación en proyectos de investigación o sencillamente para facilitarnos contactos con otras universidades y organismos internacionales.

Disfrutaba con las pequeñas cosas y le gustaba trabajar en la sombra. Su lúcida mente era una auténtica fábrica de ideas, su capacidad de emprender nuevos proyectos era inagotable y su destreza para transmitir ilusión en el trabajo era verdaderamente admirable. Pero todo ello lo hacía de una manera sencilla, natural, sin tensión (yo diría que incluso con ternura) y desde luego, siempre con alegría. En los momentos difíciles, con una increíble frescura mental, siempre encontraba una solución imaginativa, lanzaba una idea genial o simplemente desmitificaba el aparente problema con una original sentencia impregnada de fino humor. Emilio Fontela detestaba la tristeza, quizá por ello, a pocos días de irse para siempre, aún esgrimía una debilitadísima pero significativa sonrisa que sirve, sin duda, como otra lección magistral de un ser humano que, más allá de la economía, era ciertamente excepcional.

Joaquín Guzmán Cuevas
Catedrático de Economía
Universidad de Sevilla

